

TRIBUNA | En este mundo 'neowestfaliano', seguir externalizando nuestra seguridad, con la UE y la OTAN como únicos ejes, empieza a ser demasiado arriesgado. España necesita un 'plan B'. Aventuro tres ideas

Un plan 'out of the box' para España

EMILIO LAMO DE ESPINOSA

EL POSICIONAMIENTO exterior de España, no ya desde la Transición democrática sino incluso desde el tardofranquismo, ha tenido dos vectores, dos patas, sobre los que ha caminado: la Unión Europea y la Alianza Atlántica. No olvidemos que fue la alianza con Estados Unidos lo que salvó a la dictadura del general Franco en el marco de la Guerra Fría, ni que fueron sus ministros de Asuntos Exteriores (Castiella y López Bravo) los primeros en solicitar la asociación con la entonces Comunidad Económica Europea. No estamos hablando pues de una política de partido o de gobierno, sino de una de las pocas políticas de Estado que sobreviven durante casi 80 años; algo excepcional.

Comparadas con esa dos alianzas, el resto de nuestra política exterior es secundaria. La tradicional «amistad con los países árabes» (también un eslogan franquista) es más un desiderátum que un *datum*, y la «fraternidad» con Latinoamérica funciona como una suerte de tobogán al ritmo de las olas políticas (a derecha o a izquierda) de ese hemisferio, por lo demás internamente dividido. Por el contrario, la OTAN y la UE han sido y son nuestros paraguas, por muy buenas razones y con excelentes resultados. Es lo que en adelante llamaré el *plan A* de nuestra política exterior.

El problema para España hoy es que ese posicionamiento, ese *plan A*, empieza a mostrar evidentes signos de debilidad, y tanto la OTAN como la misma UE empiezan a parecer instituciones zombis. Desgraciadamente, sólo nos daremos cuenta de que están

agonizando bastante después de muertas, como suele ocurrir en la historia.

Basta hacerse dos preguntas obligadas. Primera: ¿podemos confiar en la OTAN, es decir, en los Estados Unidos, por ejemplo, ante un eventual conflicto con Marruecos, como ocurrió

con el incidente de Perejil? ¿Acaso no han dicho el presidente y el vicepresidente de ese país que la OTAN está no sé si obsoleta, pero sí en entredicho? «Si no pagan, no los voy a defender. No, no los voy a defender» (Trump, marzo de 2025). Y segunda: ¿podemos confiar en la UE, en la solidaridad de nuestros socios, siempre reunidos y siempre *deeply concerned*, pero cada día más divididos e incapaces de tomar decisiones? ¿A quién apoyaría Francia? ¿a Marruecos o a nosotros?

Podemos hacernos las mismas preguntas, pero al contrario: ¿qué probabilidad le damos a que Trump liquide formalmente la OTAN, por ejemplo, ocupando Groenlandia? O bien: ¿qué probabilidad darle a que el triunfo del lepenismo en Francia (casi seguro para 2027), un giro en las prioridades de la política econó-

mica alemana o una futura crisis económica liquiden el euro? ¿O a que un ataque ruso en el Este rompa la UE, al menos tal y como la hemos conocido? Me temo que en ninguno de esos casos la probabilidad (siendo conservador) está por debajo del 20% o del 30%, lo cual no es poco. Y si cualquiera de esas probabilidades llegara a materializarse, sus consecuencias para España serían de enorme alcance.

Resumiendo, creo que continuar asentando nuestra política exterior sólo sobre esos dos ejes (es decir, continuar externalizando nuestra seguridad) empieza a ser hoy una apuesta demasiado arriesgada.

Consciente de ello, ya hace cinco años, al finalizar mi libro *Entre águilas y dragones*, incluí un epígrafe titulado: «Pensando *out of the box*», pensar más allá de los marcos y las creencias heredadas y, si se me permite la expresión, precocinadas. Y aludía a un necesario *plan B* para la política exterior de España.

Es esencial entender que no se trataría de saltar a un *plan B* alternativo, sino de jugar con dos barajas al tiempo, a dos juegos distintos, aunque complementarios. No podemos ni debemos jugar al margen (y menos en contra) de la puesta en marcha de un orden multilateral o de una UE más fuerte. A España le interesan sobremanera una OTAN potente y una UE fuerte; debemos jugar ese juego. Pero ¿y si no tenemos éxito? ¿Y si ese *plan A* fracasa, como lleva fracasando lentamente ya desde hace al menos una década? Empecemos pues a pensar (reitero: empezar a pensar) un *plan B* para España que parta de la hipótesis de que el orden liberal internacional ha fracasado (lo que es parcialmente cierto) y de que estamos en un mundo *neowestfaliano* de potencias grandes, casi inmensas, con escasa articulación multilateral. Un mundo de (pocos) imperios expansivos más que de (muchos) Estados contenidos; un mundo de hombres fuertes, casi emperadores, más que de instituciones.

¿En qué debe consistir ese complementario *plan B*? No lo sé con certeza, pues de eso se trata: de pensarlo colectivamente, ya que debería ser (de nuevo) política de Estado. Pero puedo aventurar algunas ideas.

La primera: articular una sólida red de alianzas bilaterales al margen de los marcos multilaterales. Con nuestros vecinos (Portugal, Francia, Marruecos), con nuestros más potentes aliados (EEUU, Alemania, Reino Unido) y con países de Latinoamérica (México –líder de la hispanofonía– y Brasil). Con ellos debemos establecer una alianza estratégica, una red fluida de contactos de todo nivel basada en poderosos intereses económicos y en contactos políticos constantes. De esta forma podríamos avanzar mucho sin perjudicar nuestro posicionamiento actual. Muy al contrario, pues solo aportando algo a los organismos multilaterales eres relevante.

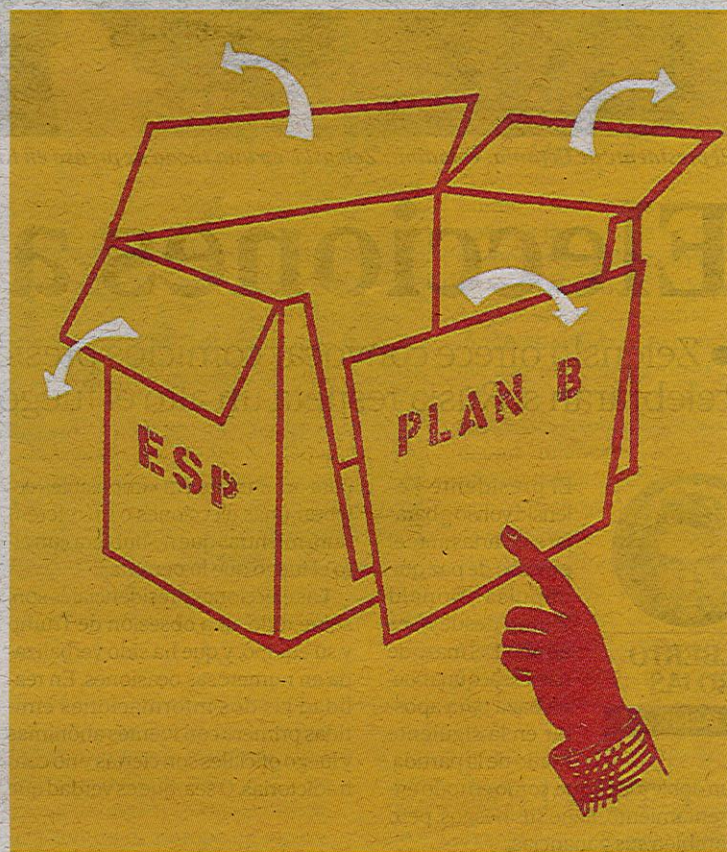
En segundo lugar, necesitamos repensar nuestra relación bilateral con los grandes poderes del momento. Después de que la retirada egoísta de Trump nos haya dejado el flanco de la seguridad al descubierto, debemos repensar qué relación queremos tener tanto con EEUU como con China y Rusia. ¿Seguimos externalizando esa relación a la UE, como ahora? ¿De modo total, o solo parcialmente? Muchos de nuestros socios europeos están desarrollando sus propias políticas con China, con Rusia y, por supuesto, con los Estados Unidos. Ellos ya trabajan *out of the box*.

Finalmente, una conclusión clara: los riesgos en materia de seguridad no hacen sino aumentar y la

historia vuelve a situar a España como la frontera sur de Europa y de Occidente. Pero el Mediterráneo es la mayor frontera de la humanidad en la que se superponen al menos cuatro fracturas, cuatro fronteras. Una cultural, entre dos religiones y civilizaciones que siguen manteniendo malas relaciones; una segunda frontera política, con democracias consolidadas al norte y Estados autoritarios o fallidos al sur; una tercera frontera demográfica, con un crecimiento brutal al sur y muy alto envejecimiento al norte; y finalmente, una de las mayores fronteras socioeconómicas del mundo, con diferencias de renta casi de uno a diez (rentas per cápita de 4.000 euros al sur y de más de 40.000 euros al norte). Y detrás está el Sahel. Y más allá, el África subsahariana, con una demografía explosiva que va a marcar la segunda mitad de este siglo. La presión del sur mediterráneo sobre la orilla norte va a ser brutal.

DISUASIÓN ES la palabra clave. España necesita contar con una flota naval y una fuerza aérea capaces de asegurar el entorno marítimo próximo y disuadir de tentaciones. Necesita autonomía operativa en Mediterráneo occidental y en el Atlántico cercano. Gastar más en defensa (y sobre todo, gastar bien) no debilita sino que refuerza nuestra posición, tanto en la OTAN como en la UE. La gran ventaja geopolítica española es ser bisagra triple: entre el Atlántico y el Mediterráneo, entre Europa y el Magreb, y entre Europa y Latinoamérica.

Llevo ya bastantes años siguiendo los eventos que se producen en el orden internacional, y lo que veo es que las hipótesis optimistas que afloraron



SEAN MACKAQUI

Muchos de nuestros socios ya desarrollan sus propias políticas con China, Rusia y EEUU

en los años 90, el entonces llamado orden internacional liberal, se están derrumbando, y que la presidencia de Trump es un potente catalizador de ese proceso. Es cierto que todavía no estamos en el *sálvese quien pueda*, pero sí al borde de ello. Y quienes tenemos ya cierta edad percibimos los tiempos de otro modo: el largo plazo es medio –llega enseguida–, mientras que el plazo medio casi ha pasado. Ahora ya estamos en el largo plazo. El futuro ha llegado y, desde luego, no es lo que esperábamos. Pero nada está escrito.

Emilio Lamo de Espinosa es miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, ex presidente del Real Instituto Elcano y autor de *Entre águilas y dragones*. El declive de Occidente' (Espasa, 2021), Premio Espasa de Ensayo